IV Trimestre de 2009
Un pueblo en marcha: El libro de Números

Notas de Elena G. de White

Lección 9
28 de Noviembre de 2009

El pecado de Moisés y de Aarón

Sábado 21 de noviembre

Aarón y Moisés pecaron ambos al no dar gloria y honor a Dios en las aguas de Meriba. Ambos estaban cansados y se sintieron provocados por las continuas quejas de Israel y, en un momento cuando Dios iba a desplegar misericordiosamente su gloria ante el pueblo para suavizar y subyugar sus corazones y para conducirlos al arrepentimiento, Moisés y Aarón se atribuyeron el poder de abrir la roca para ellos. "¡Oíd ahora rebeldes! ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?" (Números 20:10). Aquí había una oportunidad de oro para santificar al Señor en medio de ellos, para mostrarles a los israelitas la paciencia de Dios y su tierna compasión hacia ellos. Habían murmurado contra Moisés y Aarón porque no habían podido encontrar agua. Moisés y Aarón consideraron estas murmuraciones como una gran prueba y un deshonor para ellos, olvidando que era Dios a quien el pueblo estaba agraviando. Era en contra de Dios que estaban pecando y a quien estaban deshonrando, no en contra de aquellos que fueron nombrados por Dios para ejecutar su propósito. Estaban insultando a su mejor Amigo al acusar a Moisés y Aarón por sus calamidades; estaban murmurando contra la providencia de Dios.

Este pecado de estos nobles dirigentes fue grande. Sus vidas podrían haber sido ilustres hasta el fin. Habían sido grandemente exaltados y honrados; sin embargo, Dios no excusa el pecado de aquellos que están en posiciones exaltadas antes de hacerlo con aquellos que están en posiciones más humildes. Muchos cristianos profesos consideran a hombres que no reprueban o condenan el error como hombres de piedad y ciertamente cristianos, mientras que piensan que aquellos que se mantienen valientemente en defensa de lo recto y no ceden su integridad ante influencias no consagradas, carecen de piedad y de un espíritu cristiano (***Testimonios para la iglesia*, tomo 3, pp. 332, 333**).

Domingo 22 de noviembre:
Cuando caen los gigantes

Después de cuarenta años de peregrinar por el desierto, los hijos de Israel acamparon en Cades, en el desierto de Zin. Allí murió María y fue sepultada. La corriente de vida que había fluido de la roca golpeada en Horeb los había seguido durante todos sus viajes; pero ahora el Señor había detenido las aguas justamente antes de que los hebreos llegaran a Cades. Era su propósito probar a su pueblo nuevamente para ver si humil-

demente confiaban en su providencia, o imitaban la incredulidad y la murmuración de sus progenitores.

Cuando la multitud sedienta no encontró agua, se tornó impaciente y rebelde. Todos se olvidaron de que había sido el poder de Dios que les había suplido agua de la roca por tantos años, y en lugar de confiar en su todopoderoso dirigente, comenzaron a murmurar contra Moisés y Aarón, diciendo: "¡Ojalá hubiéramos muerto cuando perecieron nuestros hermanos delante de Jehová!". Se referían a la plaga que destruyó a miles en la rebelión de Coré, Datán y Abiram (***Signs of the Times*, 30 de septiembre, 1880**).

La roca golpeada por orden divina para brindar el agua viviente era un símbolo de Cristo, herido y golpeado para que su sangre fuera la fuente de salvación para la raza humana. Y así como la roca debía ser golpeada una sola vez, Cristo habría de ser "ofrecido una sola vez, para quitar los pecados de muchos" (Hebreos 9:28). Pero cuando Moisés golpeó la roca nuevamente en Cades, el hermoso símbolo de Cristo se dañó, porque nuestro Salvador no necesitaría ser sacrificado por segunda vez. Su gran ofrenda fue hecha una sola vez y para siempre, y todos los que buscan las bendiciones de su gracia y derraman su corazón en oración penitente dirigida a su nombre, la recibirán. Tal oración enviada al herido Señor de las huestes celestiales, hará fluir su sangre que da vida, como fluyó el agua viviente para el sediento Israel.

Solo por una fe viviente en Dios y una humilde obediencia a sus mandatos puede el ser humano recibir su aprobación. En esta ocasión del poderoso milagro en Cades, Moisés, cansado de las murmuraciones y la rebelión del pueblo, perdió de vista a su poderoso ayudador y no siguió sus órdenes de "hablar a la peña" para que diera su agua. De esta manera malogró su registro con una exhibición de pasión y debilidad humanas. Así este hombre, que hubiera podido mantenerse puro, firme y fiel hasta el fin de su misión, fue vencido al final. Dios fue deshonrado ante la congregación de Israel, cuando en lugar de ello su nombre podría haber sido honrado y glorificado (***Signs of the Times*, 7 de octubre, 1880**).

Lunes 23 de noviembre:
La muerte de Aarón

La obra de Aarón en favor de Israel había terminado. Cuarenta años antes, a la edad de ochenta y tres años, Dios le había llamado para que se uniera a Moisés en su grande e importante misión. Había cooperado con su hermano en la obra de sacar a los hijos de Israel de Egipto. Había sostenido las manos del gran jefe cuando los ejércitos hebreos luchaban denodadamente con Amalec. Se le había permitido ascender al monte Sinaí, aproximarse a la presencia de Dios y contemplar la divina gloria. El Señor había conferido el sacerdocio a la familia de Aarón, y le había honrado con la santa consagración de sumo sacerdote. Le había mantenido en su santo cargo mediante las pavorosas manifestaciones del juicio divino en la destrucción de Coré y su grupo. Gracias a la intercesión de Aarón se detuvo la plaga. Cuando sus dos hijos fueron muertos por haber desacatado el expreso mandamiento de Dios, él no se rebeló ni siquiera murmuró. No obstante, la foja de servicios de su vida noble había sido manchada. Aarón cometió un grave pecado cuando cedió a los clamores del pueblo e hizo el becerro de oro en el Sinaí; y otra vez cuando se unió a María en un arrebato de envidia y murmuración contra Moisés. Y junto con Moisés ofendió al Señor en Cades cuando violaron la orden de hablar a la roca para que diese agua.

Dios quería que estos grandes caudillos de su pueblo representasen a Cristo. Aarón llevaba el nombre de Israel en su pecho. Comunicaba al pueblo la voluntad de Dios. Entraba al Lugar Santísimo el día de la expiación, "no sin sangre", como mediador en pro de todo Israel. De esa obra pasaba a bendecir a la congregación, como Cristo vendrá a bendecir a su pueblo que le espera, cuando termine la obra expiatoria que está haciendo en su favor. El exaltado carácter de aquel santo cargo como representante de nuestro gran Sumo Sacerdote, fue lo que hizo tan grave el pecado de Aarón en Cades.

Con profunda tristeza, Moisés despojó a Aarón de sus santas vestiduras y se las puso a Eleazar, quien llegó a ser así sucesor de su padre por nombramiento divino. A causa del pecado que cometió en Cades, se le negó a Aarón el privilegio de oficiar como sumo sacerdote de Dios en Canaán, de ofrecer el primer sacrificio en la buena tierra, y de consagrar así la herencia de Israel. Moisés había de continuar llevando su carga de conducir al pueblo hasta los mismos límites de Canaán. Había de llegar a ver la tierra prometida, pero no había de entrar en ella. Si estos siervos de Dios, cuando estaban frente a la roca de Cades, hubieran soportado sin murmuración alguna la prueba a que allí se los sometió, ¡cuán diferente habría sido su futuro! Jamás puede deshacerse una mala acción. Puede suceder que el trabajo de toda una vida no recobre lo que se perdió en un solo momento de tentación o aun de negligencia (***Patriarcas y profetas*, pp. 451-453**).

Después de esperar ansiosamente, el pueblo avistó las siluetas de Moisés y Eleazar, que descendían lentamente; pero Aarón no los acompañaba. Eleazar tenía puestas las vestiduras sacerdotales y ello mostraba que había sucedido a su padre en el santo oficio. Con labios temblorosos y un entristecido semblante, Moisés explicó que Aarón había muerto en sus brazos en el monte Hor, y que allá se le había dado sepultura. La congregación prorrumpió en llanto y en lamentación, pues todos amaban de corazón a Aarón, aunque tan a menudo le habían causado dolor. Como una señal de respeto a su memoria, se realizaron servicios funerarios por treinta días en honor a su dirigente desaparecido (***Signs of the Times*, 14 de octubre, 1880**).

Martes 24 de noviembre:
El pecado de la ingratitud

Las naciones de Canaán habían estado vigilando celosamente los movimientos de las vastas huestes de Israel. Recordaban con recelo la visita de los espías hebreos cuarenta años atrás, y ahora se mantenían constantemente en alerta para prevenir cualquier invasión de su territorio. Arad, uno de los reyes cananeos, después de haber sido informado por sus espías que los hijos de Israel habían acampado cerca del monte Hor, preparó un gran ejército y se fue a hacer guerra contra ellos. Tuvo una decidida victoria y se llevó una buena cantidad de prisioneros. Los israelitas se sintieron humillados por esta derrota y buscaron la ayuda de Dios con oración y ayuno. Prometieron solemnemente que si el Señor entregaba a sus enemigos en sus manos, ellos los destruirían juntamente con sus ciudades. El divino Protector de Israel se agradó de sus oraciones y respondió el clamor de su pueblo permitiendo que los cananeos fueran derrotados.

Esta victoria debiera haber llenado los corazones de los israelitas con gratitud; haberlos llevado a temer y confiar más en el Señor y a abandonar los pecados que los habían separado de él y de su ayuda. Pero exaltados con el éxito, se tomaron orgullosos y confiados en sí mismos, y pronto cayeron en el viejo hábito de murmurar. Se quejaron porque los ejércitos de Israel no habían avanzado inmediatamente después del cobar-

de informe de los doce espías cuarenta años atrás. Declararon que sus viajes por el desierto habían sido una demora innecesaria, puesto que hubieran podido conquistar a sus enemigos tan fácilmente como en esta ocasión. Reclamaron que si Dios y Moisés no hubieran interferido, ellos hubieran tomado posesión de la tierra prometida en aquel entonces. Se quejaron de la forma en que Dios había obrado con ellos, y finalmente se manifestaron descontentos y amargados.

Mientras continuaban su viaje hacia el sur, hacia el lugar donde la columna de nube los conducía, debían cruzar un área del desierto arenosa y caliente, desprovista de sombra o vegetación. El camino era largo y difícil, y el cansancio y la sed parecían difíciles de soportar. Su peregrinaje anterior en el desierto debiera haberles enseñando a confiar plenamente en Dios. Pero al enfrentar sufrimientos y pruebas, nuevamente fracasaron en mostrar fe y paciencia. Al pensar constantemente en los aspectos negativos de su viaje, se separaban más y más del Señor, hasta que un espíritu satánico, rebelde y desafiante, se apodero de ellos (***Signs of the Times*, 21 de octubre, 1880**).

Al responder a las fervientes oraciones de Israel y concederles una gran victoria sobre sus enemigos, el Señor había mostrado nuevamente su voluntad de ayudar a su pueblo cuando éste le buscase. Cuán terrible fue entonces su incredulidad y murmuración. El gran pecado de Israel fue considerar que Dios buscaba el mal para ellos; que restringía su libertad y los rodeaba de pruebas y dificultades. Sin embargo, en todo su peregrinaje habían tenido agua para saciar su sed, pan del cielo para satisfacer su hambre, paz y seguridad bajo la sombra de la columna de nube durante el día y la de fuego por la noche. Los ángeles los acompañaban mientras pasaban por los lugares abruptos y difíciles del desierto. Es un error pensar que Dios se alegra al ver el sufrimiento de sus criaturas, porque todo el Cielo está interesado en la felicidad de sus hijos. Cuando el ser humano se separa de Dios, o se va por el camino que lleva a las tinieblas y la muerte, la mano del Infinito permite el dolor, la desilusión y las pruebas, como una advertencia para evitar que sigan en el camino de la desobediencia y la destrucción (***Signs of the Times*, 21 de octubre, 1880**).

Miércoles 25 de noviembre:
Las serpientes ardientes

Porque había estado escudado por el poder divino, Israel no se había dado cuenta de los innumerables peligros que lo habían rodeado continuamente. En su ingratitud e incredulidad había declarado que deseaba la muerte, y ahora el Señor permitió que la muerte le sobreviniera. Las serpientes venenosas que pululaban en el desierto eran llamadas serpientes ardientes a causa de los terribles efectos de su mordedura, pues producía una inflamación violenta y la muerte al poco rato. Cuando la mano protectora de Dios se apartó de Israel, muchísimas personas fueron atacadas por estos reptiles venenosos…

El pueblo se humilló entonces ante Dios. Muchos se acercaron a Moisés para hacerle sus confesiones y súplicas. "Pecado hemos –dijeron– por haber hablado contra Jehová, y contra ti" (Números 21:7-9). Poco antes le habían acusado de ser su peor enemigo, la causa de todas sus angustias y aflicciones. Pero aun antes que las palabras dejaran sus labios, sabían perfectamente que los cargos eran falsos; y tan pronto como llegaron las verdaderas dificultades, corrieron hacia él como a la única persona que podía interceder ante Dios por ellos…

Dios le ordenó a Moisés que hiciese una serpiente de bronce semejante a las vivas, y que la levantara ante el pueblo. Todos los que habían sido picados habían de mirarla y encontrarían alivio. Hizo lo que se le había mandado, y por todo el campamento cundió la grata noticia de que todos los que habían sido mordidos podían mirar la serpiente de bronce, y vivir. Muchos habían muerto ya, y cuando Moisés hizo levantar la serpiente en un poste, hubo quienes se negaron a creer que con solo mirar aquella imagen metálica se iban a curar. Estos perecieron en la incredulidad. No obstante, hubo muchos que tuvieron fe en lo provisto por Dios. Padres, madres, hermanos y hermanas se dedicaban afanosamente a ayudar a sus deudos dolientes y moribundos a fijar los ojos lánguidos en la serpiente. Si ellos, aunque desfallecientes y moribundos, podían mirarla una vez, se restablecían por completo…

El alzamiento de la serpiente de bronce tenía por objeto enseñar una lección importante a los israelitas. No podían salvarse del efecto fatal del veneno que había en sus heridas. Solamente Dios podía curarlos. Se les pedía, sin embargo, que demostraran su fe en lo provisto por Dios. Debían mirar para vivir. Su fe era lo aceptable para Dios, y la demostraban mirando la serpiente. Sabían que no había virtud en la serpiente misma, sino que era un símbolo de Cristo; y se les inculcaba así la necesidad de tener fe en los méritos de él. Hasta entonces muchos habían llevado sus ofrendas a Dios, creyendo que con ello expiaban ampliamente sus pecados. No dependían del Redentor que había de venir, de quien estas ofrendas y sacrificios no eran sino una figura o sombra. El Señor quería enseñarles ahora que en sí mismos sus sacrificios no tenían más poder ni virtud que la serpiente de bronce, sino que, como ella, estaban destinados a dirigir su espíritu a Cristo, el gran sacrificio propiciatorio.

"Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en él creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Juan 3:14,15). Todos los que hayan existido alguna vez en la tierra han sentido la mordedura mortal de "la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás" (Apocalipsis 12:9). Los efectos fatales del pecado pueden eliminarse tan solo mediante lo provisto por Dios. Los israelitas salvaban su vida mirando la serpiente levantada en el desierto. Aquella mirada implicaba fe. Vivían porque creían la palabra de Dios, y confiaban en los medios provistos para su restablecimiento. Así también puede el pecador mirar a Cristo, y vivir. Recibe el perdón por medio de la fe en el sacrificio expiatorio. En contraste con el símbolo inerte e inanimado, Cristo tiene poder y virtud en sí para curar al pecador arrepentido (***Patriarcas y profetas*, pp. 456-458**).

Jueves 26 de noviembre:
Primeras conquistas

Seguro de su éxito, el rey salió con su enorme ejército a la llanura abierta; mientras que se oían los alaridos desafiantes que partían de la meseta superior, donde se podían ver las lanzas de millares deseosos de entrar en lucha. Cuando los hebreos miraron la forma alta de aquel gigante de gigantes que sobrepasaba a los soldados de su ejército, cuando vieron los ejércitos que le rodeaban y divisaron la fortaleza aparentemente inexpugnable, detrás de la cual miles de soldados invisibles estaban atrincherados, muchos corazones de Israel temblaron de miedo. Pero Moisés estaba sereno y firme; el Señor había dicho con respecto al rey de Basán: "No tengas temor de él, porque en tu mano he entregado a él y a todo su pueblo, y su tierra; y harás con él como hiciste con Sehón rey Amorreo, que habitaba en Hesbón" (Deuteronomio 3:2).

La fe serena de su jefe inspiraba al pueblo a tener confianza en Dios. Lo entregaron todo a su brazo omnipotente, y él no les faltó. Ni los poderosos gigantes, ni las ciudades amuralladas, ni tampoco los ejércitos armados y las fortalezas escarpadas podían subsistir ante el Capitán de la hueste de Jehová. El Señor conducía al ejército; el Señor desconcertó al enemigo; y obtuvo la victoria para Israel. El gigantesco rey y su ejército fueron destruidos; y los israelitas no tardaron en poseer toda la región. Así se borró de la faz de la tierra esa gente extraña, que se había entregado a la iniquidad y a la idolatría abominable (***Patriarcas y profetas*, pp. 464, 465**).

En sus luchas con Og y Sehón, el pueblo se vio sometido a la misma prueba bajo la cual sus padres habían fracasado tan señaladamente. Pero la prueba era ahora mucho más severa que cuando Dios ordenó a los hijos de Israel que avanzaran. Las dificultades del camino habían aumentado desde que ellos rehusaron avanzar cuando se les mandó hacerlo en el nombre del Señor. Es así cómo Dios prueba aun ahora a sus hijos. Si no soportan la prueba, los lleva al mismo punto, y la segunda vez la prueba será más estrecha y severa que la anterior. Esto continúa hasta que soportan la prueba, o, si todavía son rebeldes, Dios les retira su luz, y los deja en tinieblas.

Los hebreos recordaban ahora cómo anteriormente, cuando sus fuerzas habían salido a luchar, fueron derrotadas y miles perecieron. Pero en aquel entonces habían salido a luchar en abierta oposición al mandamiento de Dios. Habían salido sin Moisés, el jefe nombrado por Dios, sin la columna de nube, símbolo de la presencia divina, y sin el arca. Pero ahora Moisés estaba con ellos, y fortalecía sus corazones con palabras de esperanza y fe; el Hijo de Dios, rodeado por la columna de nube, les mostraba el camino; y el arca santa acompañaba al ejército. Todo esto encierra una lección para nosotros. El poderoso Dios de Israel es nuestro Dios. En él podemos confiar, y si obedecemos sus requerimientos, obrará por nosotros tan señaladamente como lo hizo por su antiguo pueblo. Todo el que procure seguir el camino del deber se verá a veces asaltado por la duda e incredulidad. El camino estará a veces tan obstruido por obstáculos aparentemente insuperables, que ello podrá descorazonar a los que cedan al desaliento; pero Dios les dice: Seguid adelante. Cumplid vuestro deber cueste lo que costare. Las dificultades de aspecto tan formidable, que llenan vuestra alma de espanto, se desvanecerán a medida que, confiando humildemente en Dios, avancéis por el sendero de la obediencia (***Patriarcas y profetas*, pp. 465, 466**).

Viernes 27 de noviembre:
Para estudiar y meditar

***Patriarcas y profetas*, pp. 436-466.**

Material provisto por RECURSOS ESCUELA SABATICA ©
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática